



Pistas ignacianas para tiempos de pandemia (IV)

LA SOLIDARIDAD: IMPERATIVO PARA LA ACCIÓN

Desde el primer momento de su conversión, Ignacio quiso dedicar su vida a ayudar a las personas, afectándose especialmente por la miseria que tanto sufren.

Incluso cuando vivía en Roma, dedicado a gobernar a la Compañía, dedicó un tiempo importante a ayudar a los necesitados*.

JUAN DÍAZ S.J. | Director del Centro de Espiritualidad Ignaciana.

Nos encontramos en agosto de 1547. Ignacio de Loyola, con 57 años, ya es general de la Compañía de Jesús, vive en Roma y desde allí, con ayuda de su secretaria, escribe una carta animando a los padres y a los hermanos que trabajan en el colegio de Padua, que están pasando por un momento económico muy complicado, y ahí les dice esta frase, impactante: «La amistad por los pobres les hace amigos del Rey Eterno».

En esta carta, Ignacio les explica su convencimiento de que Cristo quiso nacer pobre, que padeció la pobreza con todas sus consecuencias: hambre, sed, sin un lugar donde vivir, que incluso en su muerte fue despojado hasta de sus vestiduras. Afirma sin dudar que para los que sufren fue enviado Jesús a la tierra, para comunicarles la buena noticia del Reino de Dios. Ignacio les escribe además que la persona que se siente segura con los recursos económicos que posee no tiene asegurada una alegría continuada, sino que más bien, en sus palabras, «los ricos

están llenos de tempestades». Y es muy claro en su afirmación al decir que no viven tan alegres y satisfechos los grandes comerciantes, magistrados, príncipes y otros grandes personajes.

La preocupación de Ignacio por los pobres no era algo nuevo. Confiesa en su *Autobiografía* que muchos años antes había llorado amargamente de compasión por el pobre al que él le había regalado sus vestidos, porque veían que le acusaban de haberlo robado. Lloró de compasión porque entendió que lo vejaban. Los pobres lo hacen llorar y, ya desde el primer momento de su conversión, Ignacio quiso dedicar su vida a ayudar a las personas, afectándose especialmente por la miseria que tanto sufren. El proceso que fue haciendo Ignacio de Loyola, de dar cada vez más espacio en su corazón a Jesucristo y a vivir en solidaridad con los pobres y marginados, que son los amigos del Señor, como él lo dice, se fue dando a lo largo de su vida de muchas maneras y fue impregnando también de este espíritu a sus otros compañeros, que

deseaban seguir su mismo camino.

Un momento importante para destacar fue su viaje a su tierra de Azpeitia, en la que permanece por tres meses. En vez de ir a la casa de su familia, se hospedó en un hospicio para pobres, lo que le permitió conocer más de cerca los problemas reales y concretos de la zona. Pudo constatar de cerca lo que iban provocando la mendicidad, la bebida y el juego. En ese corto tiempo se puso a organizar la atención a los mendigos, reconcilió familias del pueblo que no se hablaban e hizo que se prohibiera el juego, que tanto daño producía. Esto es un ejemplo de la mirada que tenía acerca de los problemas. Hay que estar atento a lo concreto sin dejar de estar abierto a lo universal. Pensamiento local y acción global, a la vez. Así, con su accionar, se benefició todo un pueblo. Y ya Ignacio

* Ofrecemos acá la cuarta parte y final de la charla que el autor ofreció el 29 de mayo, titulada «Diálogo más allá del pánico. Pistas ignacianas para ayudar en tiempos movidos». Las partes previas están en las ediciones de *Mensaje* de julio, agosto y septiembre de este año.

en Roma dedicado a gobernar a la Compañía, que se extendía por todo el mundo, dedica un tiempo importante a conseguir dinero para dar limosna a los necesitados, auxiliar a los presos en las cárceles y a los enfermos en los hospitales, a reconciliar a personas que están enemistadas, a apoyar a las prostitutas que se dedicaban a lo suyo en condiciones miserables, forzadas por la desesperación en medio de la aparición de la sífilis, a fines del siglo XVI, fundando para ella la Casa de Santa Marta, a atender a los muchos niños de la calle que no tienen ni casa ni padre y pululaban por la ciudad, acoger a los migrantes de entonces, los judíos —los cristianos nuevos—, y cuando asolaba el hambre en las ciudades o se producían inundaciones, o aparecía la peste, ahí estaban también Ignacio y sus compañeros para ir en ayuda física o económica a las víctimas. En el invierno romano de 1538-1539 en la casa donde vivían acogieron y prestaron ayuda hasta a cuatrocientas personas que estaban muertas de hambre y frío, y maltrato por las calles, según la relación que hace uno de sus compañeros. Les ofrecieron un servicio de acogida, que les proporcionaba comida, techo y cama. De este modo y de muchos otros más, concretaba Ignacio el principio de que el amor se debe poner siempre más en las obras que en las palabras.

A la par de la ayuda social, Ignacio se preocupó también de las necesidades del corazón y desde un comienzo se dedicó con esmero a la conversación espiritual. Se preocupó de dar instrucciones a sus compañeros de cómo hacerla para que sea de provecho.

UN PELIGRO EN EL OLVIDAR

Y lo anterior es bien importante para los tiempos que estamos viviendo. Porque el estallido social y la pandemia del coronavirus han puesto, por un lado, en relieve la miseria con la

•
Está el riesgo de que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente, como nos dice el Papa. Ciertamente, nos hace falta sentarnos a conversar y escucharnos entre todos para que esto no suceda.
•

que viven muchos en este país. Ha aparecido el hambre en las calles. Muchos están desprovistos de lo mínimo necesario.

Hoy la solidaridad para con los pobres y marginados es un imperativo para la acción. Uno no puede dejar de agradecer a los que en estos tiempos trabajan en los centros de salud, atendiendo a los enfermos y a los adultos mayores. Pero está en peligro, para hoy y para después, cuando se vaya mejorando la crisis sanitaria —que así lo esperamos—, que se instale lo que el papa Francisco ha llamado «el egoísmo de los intereses particulares y la tentación de volver al pasado». Es el peligro de olvidar lo que se nos quedó atrás. Es el riesgo de que nos golpee un virus todavía peor, el del egoísmo indiferente, como nos dice el Papa. Ciertamente, nos hace falta sentarnos a conversar y escucharnos entre todos para que esto no suceda.

Yo diría que la espiritualidad ignaciana ofrece pistas para estos tiempos, para el nuevo trato que debemos ofrecer, porque es una espiritualidad del servicio, de solidaridad, de ayuda a los otros. Esta espiritualidad nos hace mirar lo concreto y lo universal a la vez, y partir de cerca por los pobres.

Y nos está invitando también a ejercitar el oficio de consolar mediante las conversaciones personales. En

tiempos revueltos, de pandemia y de crisis político-social, hay que saber conversar. En tiempos de incertidumbre, el trabajo colaborativo es el camino. Hay que aunar voluntades, sumar voces. Tenemos que hablar de Chile, han señalado los rectores de las universidades más importantes. Para hacerlo bien, y para que sea relevante el conversar, será importante salvar la proposición de los demás, como decía Ignacio de Loyola, intentando dilucidar lo verdadero que puede haber en el otro, en lo que el otro puede decir. Y esto supone confianza mutua. Hay que construir confianza. Hay que tener buena fe en el diálogo que se entable.

Los consejos ignacianos al respecto son muy oportunos. Decía Ignacio de Loyola: *escuche mucho y no hable tanto. Sea considerado y amoroso. Y con la mayor quietud y humildad posibles, no se muestre afectado por el propio juicio. Traerme a mí mismo a las comodidades y la condición de las personas con quienes quiero tratar...* Esto, sin olvidar que, bajo formas ciertamente inadmisibles, latén muchas veces aspiraciones dignas de tenerse en cuenta o que inducen por lo menos a la deliberación.

Hay que enfrentar lo que nos queda del coronavirus, pero hay que prepararse para lo de después. No se trata de volver a lo que antes se hacía. No podemos seguir deteriorando la naturaleza, desinteresándonos de la salud o de otras injusticias. Hay que pensar en otros caminos, en soluciones innovativas. Una nueva era de solidaridad se impone. Debemos reencontrarnos con los seres queridos a los que no hemos podido ver, redescubrirnos entre nosotros de mejor manera, fortalecer vínculos, conversar. Tenemos que cultivar más la vida interior para hacer posible todo esto. La vida de san Ignacio nos da suficientes ejemplos de cómo comenzar a hacerlo. MSJ